

Alain. Su arte de vivir, su pensamiento político.

ALAIN, que es en París profesor de filosofía, es uno de los más notables metafísicos franceses del momento: discípulo del ilustre Lagneau, es uno de los que han sostenido en contra de Bergson la supremacía de la inteligencia. Pero se ha preocupado en especial de la moral, y de las aplicaciones de la filosofía a la vida práctica. En un libro sobre *L'esprit et les passions* (Bloch éditeur), ha explicado cómo la purificación y la organización de los conocimientos constituyen una policía de las opiniones, algo como una medicina del espíritu, capaz de hacer sentir su influencia benéfica al mismo cuerpo. En sus *Propos sur le bonheur* (Editor Fabre, Nîmes), vuelve a hablar de su policía de las pasiones, demostrando que ellas sólo existen porque nosotros lo creemos. Igualmente, las enfermedades de la imaginación, como la neurastenia, y hasta el dolor físico. El dolor nos lanza inmediatamente en conceptos metafísicos; al punto doloroso, imaginamos un mal, ser fantástico que se ha introducido bajo nuestra piel, y que quisiéramos ahuyentar por obra de brujería. Nos parece inverosímil que un movimiento reglamentado de los músculos borre el dolor, monstruo roedor; pero no hay, por lo general, monstruo roedor alguno, ni nada que se le parezca; esas son malas metáforas. Trate de permanecer largo rato parado en un pie, y constatará que no se precisa un gran cambio de actitud para producir un dolor vivo, ni un gran cambio de actitud para lograr que desaparezca ese dolor. En todos los casos, o casi todos, se trata de inventar cierto baile. Cada uno sabe que es un placer estirar los músculos y bostezar libremente:

pero no se tiene idea de ensayar por gimnasia ese movimiento libertador. Y los que no consiguen el sueño deberían simular las ganas de dormir y la dicha de abandonarse. Pero, al contrario, simulan la impaciencia, la ansiedad, la cólera. Aquí se encuentran las raíces del Orgullo, siempre castigado.

La aplicación más feliz del sistema filosófico de Alain ha sido la estética: en su *Système des Beaux-Arts* (Editado por la Nouvelle Revue Française) nos muestra la imaginación desgraciada en su excesiva libertad, reglamentada, doblegada, vigorizada, por las técnicas artísticas y la solidez de la obra. Sus páginas sobre la Música, el Dibujo, la Prosa, son particularmente admirables.

En el dominio de la política, ese sistema ha concluido en el más total individualismo. No que él se afirme revolucionario, o que él pretenda que se deba jamás rehusar de obedecer, pero, según él, al obedecer siempre es preciso *juzgar* siempre, y basta, para gobernar bien, que el jefe se sienta criticado por la independencia completa de espíritu de sus súbditos. Alain ha dado por lo demás, personalmente, un notable ejemplo de la aplicación de sus teorías; en 1914 se incorporó voluntariamente al ejército, aunque había ya pasado la edad de ser militar, pero al mismo tiempo publicaba los *Vingt-et un propos d'Alain aux-non-combattants*, en los cuales mostraba la bajeza de las pasiones que arrastran a la guerra:

•Rehuso aborrecer un pueblo entero. Insisto en esta idea poco agradable a los hombres para los cuales la guerra es algo que abre un absceso de furor que los ahogaba. Odio por cierto el despotismo, y ese furor ciego, nacido del absolutismo y de la fatuidad, que empuja en contra nuestra a tantas pobres gentes. Pero a esos hombres que llegan del Norte con espadas y cañones, no necesito odiarlos; bástame combatirlos. Su odio en contra nuestra es una enfermedad que el despotismo ha inoculado a un pueblo entero, y que sanará la libertad. Pero el odio no mata, y si mato yo, el odio es bien inútil.»

Desde la guerra, había publicado ya un libro sobre la guerra: *Mars ou la guerre jugée* (editado por la Nouvelle Revue

Française). Mostraba en él las hipocresías de la guerra, y mostraba que, contra lo que se cree generalmente, el valor de sostener las propias opiniones es más difícil y escaso que el valor guerrero: «No faltan sin embargo las ocasiones de atreverse: atreverse a estimar los verdaderos valores, el espía, tan alto colocado como esté, por lo que es, el mentiroso, por lo que es, el adulador, por lo que es, perdonándoles a todos según la comprensión clara, lo que es aún más peligroso. Pero demasiados guerreros viven de rodillas, y es únicamente en la guerra donde encuentran la ocasión de vivir una o dos veces antes de morir.»

Alain acaba de publicar un libro (editado por Kra), titulado *Le citoyen contre les pouvoirs*, que es una síntesis de su pensamiento político. Vuelve a referirse allí, en una forma nueva, a su crítica del espíritu de guerra, mostrando que el mayor escándalo de la guerra es que el hombre pueda ser olvidado, considerado como una herramienta, como un objeto. Vuelve aún a considerar, según ejemplos recientes, su idea de la necesidad que se tiene de un poder espiritual, formado por las opiniones de hombres sin temor y sin prejuicios, para mantener en sus deberes el poder temporal.

En los que mandan, Alain distingue dos razas: los que él llama los *descuidados* (les *négligents*), que cuidan poco de las apariencias del prestigio, y que se preocupan únicamente, como ingenieros, de resolver y vencer las dificultades que presentan las cosas, y los *importantes* (les *importants*), que no cuidan de las cosas en sí, sino únicamente de los hombres, y quieren que se les obedezca, cueste lo que cueste.

Aplicando por vez primera su sistema a la política económica, Alain nota que en los trabajos de Estado se ha usado a menudo equivocadamente del principio de la utilidad: antes de realizar innovaciones únicamente porque son más provechosas para el consumidor o para el público que el estado de cosas actual, se debería tomar en cuenta el rendimiento, lo que los funcionarios no pueden hacer actualmente por no estar directamente interesados en esas empresas. El rendimiento limita el

perfeccionamiento en las empresas privadas, y hace renunciar hasta a cosas útiles. Por ejemplo, poner un techo sobre las viñas, que se abriera para el sol y se cerrara en contra del granizo, sería útil, pero no de buen rendimiento. Lo mismo un yatch o un Rolls Royce son útiles a cualquiera. Sería pues preciso que el Estado se someta a una avaricia de misma categoría que la de los comerciantes, que él compara a una lucha contra la gravedad: «la pérdida está colgada del negociante, y lo tira siempre hacia abajo».

Se ve, por la extensión de sus preocupaciones sociales, que Alain opina, lo mismo que Platón, que el individualismo es la doctrina más útil a la sociedad.

MARCELLE AUCLAIR.